

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 8, Diciembre 1999

1898: Consecuencias irónicas de la guerra

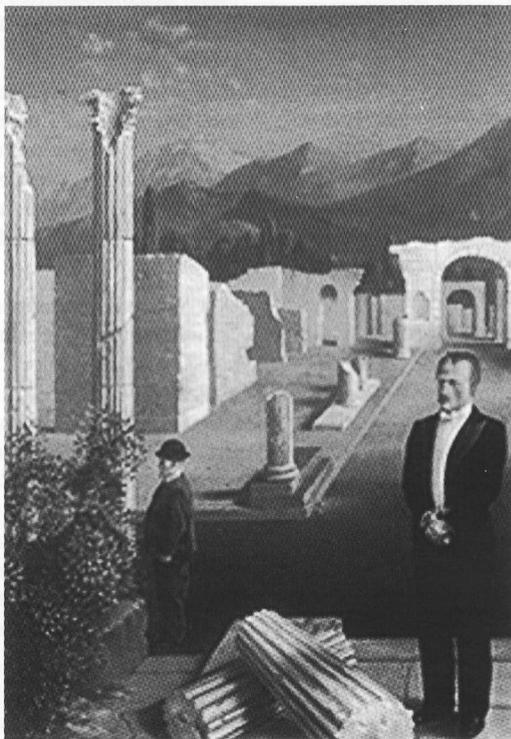
Fred Bronner

pp. 59-61

1898:

Consecuencia irónicas de la guerra

Fred Bronner



EL primero de mayo de 1898 los cuatro cruceros y dos cañoneros estadounidenses del comodoro Jorge Dewey se deslizaron hacia Cavite, en la bahía de Manila y, con sus tiros de mayor alcance, barrenaron uno a uno los siete cruceros españoles del contralmirante Patricio Montojo. Este suceso acarrió un descubrimiento de exiguo valor científico pero de cierta consecuencia política; el público norteamericano descubrió Filipinas.

¿Qué hacer con sus siete mil islas? Era la última ocasión de recoger el fruto imperial. Cuba “se perdió”

William McKinley declaró ante el Comité de Misiones de la Iglesia Metodista Episcopal:

con la *joint resolution* del 19 de abril del Congreso que la dio por “libre e independiente”. ¿Puerto Rico? Una pepita. Amén de pepinitas aún menores: Marianas, Carolinas y Panays.

Un gran debate agitaba a los Estados Unidos. Ocupar tierras ultramarinas violaba la constitución, decían unos, en su mayoría del Partido Demócrata. Los republicanos, por su parte, se inclinaban a la expansión.

Refiriéndose a las Filipinas, el presidente

Nacido en Polonia, llegó a Israel de los EE.UU. en 1965. Es Profesor Emérito del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la Universidad Hebrea –al que se incorporó en su fundación, en 1968– e investigador de la historia latinoamericana en el periodo colonial. Obtuvo el Premio Robertson al mejor artículo con “Peruvian Encomenderos in 1630”, *Hispanic American Historical Review*, 1977.

No me avergüenza decir que caí de rodillas para rogar a Dios que me orientara. Y una noche entendí que tenamos que acogerlos a todos, civilizarlos y cristianizarlos como nuestros prójimos, para quienes también ha muerto el Cristo.

¡Labor inútil! En el transcurso de los 333 años de presencia española la gran mayoría de los “prójimos” ya había interiorizado el catolicismo junto con un fiero orgullo del que dio fe su terca resistencia armada de dos años.

Empero, aunque no los civilizaron ni cristianizaron, los americanos sí los americanizaron. El idioma inglés fue la *lingua franca* entre docenas de jergas locales, y los políticos lugareños imitaron, para no decir parodiaron, el estilo yanqui. La autonomía creció rápidamente. Ya con Woodrow Wilson empezó la “filipinización” burocrática y centenares de oficiales americanos fueron cediendo sus puestos a los “nativos”. En 1936, bajo el *Commonwealth*, el mando pasó de hecho a los filipinos y su independencia fue prometida para dentro de una década.

En efecto, el 4 de julio de 1946, en el Estadio Rizal de Manila –iválgame el recuerdo personal!– el general Douglas MacArthur arrió barras y estrellas, y, seguidamente, el presidente Manuel Roxas izó el pabellón del sol y de los rayos. No era un simple cambio de banderas, pues las dos habían ondeado juntas desde hacía ya diez años. Y cuando desapareció la norteamericana, no faltaron filipinos que veían en la suya *ang ilulin watawat* – “la bandera huérfana”.

Si las Filipinas fueron americanizadas, los Estados Unidos continentales han sido conquistados por la acometida irresistible de los portorriqueños. Centenares de miles de boricuas han estampado a Nueva York, Boston y Chicago con el indeleble colorido de sus fiestas y el *staccato* de su lenguaje. A su regreso, los migrantes (con sus hijos y nietos) han convertido a la isla patria en un guión cultural entre el insularismo jíbaro y el cosmopolitismo de Manhattan.

El proceso empezó en 1917 cuando, con la inminente entrada a la Primera Guerra Mundial, la potencia colonizadora otorgó la ciudadanía estadounidense, a todo “Porto Rico”. En 1938, Luis Muñoz Marín formó su Partido Popular Democrático, ganó elecciones y, ya por los años cuarenta, acaudilló su entonces original campaña de estimular inversiones, llamada “manos a la obra” en español y *operation boot-strap* (operación tirilla-bota) en inglés. La autonomía, lograda en 1952, exhibe una relación ambigua de autoridad local junto con la impotente subordinación a Washington. Para sus opositores, el Estado Libre Asociado no es sino un “Estado Triste Agobiado”. Pero el pueblo entiende muy bien sus ventajas. Más que cualquier relación legal, lo que compagina a Puerto Rico con los EE.UU. es la exención

de los impuestos federales y la protección que otorga el seguro social.

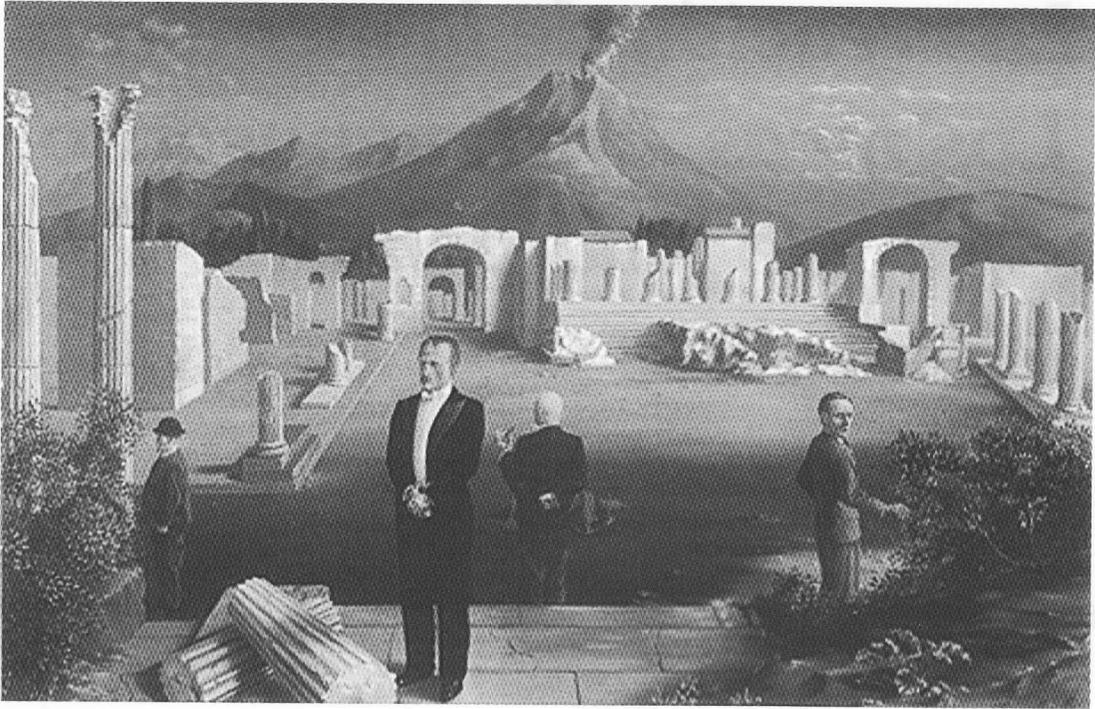
Volvamos a Cuba. “¿Libre e independiente?”. Y no tan sólo eso, pues “EE.UU. renuncia a cualquier intento de ejercer soberanía, jurisdicción o control sobre dicha isla”. Empero, ¿qué sucede con las responsabilidades? De los 1.600.000 habitantes empadronados en 1899, casi 200.000 habían nacido en España. Cabía protegerlos de la venganza de los patriotas, así como a tantos más autonomistas y lealistas al régimen caduco. De aquí la famosa Enmienda Platt incorporada a la constitución cubana. En ella, Cuba concede a los EE.UU. el derecho de intervenir “en protección de la vida, la propiedad y la libertad individual”.

De hecho, la Enmienda Platt no sirvió a los americanos sino a los políticos cubanos. Ellos precipitaron las intervenciones de 1906, 1912, 1917, todas consentidas a regañadientes y ejecutadas sin sanear nada. Los mandatarios nativos y los interventores de afuera compartían por turno las crecientes tajadas de corruptela fiscal.

Y no faltaban tajadas que cortar. Cuba gozaba de una prosperidad sin precedentes y de inversiones inauditas. Aunque menguada en los años 20, esta riqueza atraía a inmigrantes. En primer lugar, de la vieja España, y en oleadas nunca soñadas antes de la guerra. ¡Hasta 1932 llegaron unos 750.000 españoles!

Ellos, en su mayoría, se quedaron, se cubanizaron, “se aplanaron”. ¡Es un hijo de gallego quien gobierna a Cuba hoy en día! Con todo, la naturalización de los recién venidos no parecía tan rápida a los nativos. Estos se resentían ante sus aires de superioridad racial y ante el exclusivismo de sus grandes órganos de beneficencia, el Centro Gallego y el Centro Asturiano. Sobre todo, ofendía su proceso secular de “mandar por el sobrino de España” en vez de dar empleo a un viejo cubano. La Revolución Cubana, la de 1933, era esencialmente xenófoba y tal vez apuntaba aún más al “gallego” que al “americano”.

Por desquite, el mundo hispanoparlante abrazó a la “madre común” (como la llamó Carlos Bunge). El drama de su humillación trajo un viraje de 180 grados. Antes, los latinoamericanos veían en España opresión y decadencia y dolíanse de no haber sido colonizados por una raza más recia, como la del norte. (Compárese con el pesar de Ortega y por el hecho de que España fuera conquistada por los godos en vez de los francos.) Después de 1898 el Tío Sam aparece como el matón del hemisferio. Así nace el anti-imperialismo hispanófilo. En 1900, Rodó publica *Ariel*. En 1905, Rubén Darío lanza la “Oda a Roosevelt” y un año después, en su “Epitalamio”, Amado Nervo se inclina ante el rey de España. En 1914, Ca-



racas celebra el 12 de octubre. En 1917, Irigoyen lo proclama día festivo, y “el Día de la Raza”, así decretado en Madrid, se extiende por el continente.

Al poco tiempo, disminuye la hispanofilia y sólo queda una yanquifobia más centrada e ideológica, la de Rufino Blanco Fombona y de Manuel Gálvez.

¿Y España? Desde la restauración de 1874 el país progresaba en su penosa recuperación. Fueron superadas revueltas y disidencias. Las pautas constitucionales se observaban un poco –muy poco– a la inglesa. La economía adelantaba, aunque a un ritmo muy distinto del de Alemania o los EE.UU. En lo cultural, el naturalismo superaba al de Francia por sus raíces vitales y regionales. El conocimiento mismo de las tierras y de sus males fue profundizado por Joaquín Costa y otros.

El desastre de 1898 no cortó este desarrollo pero sí reabrió descontentos. Resurgen todos los movimientos centrifugos: carlismo, separatismo catalán, republicanismo, socialismo, militarismo. Es de veras irónico el que todos, sin excepción, se crean regene-

racionistas, cada uno con su fórmula mágica y su religión secreta. “Somos bastante drusos”, dirá Ortega, ya en plena crisis del régimen. Añádase el azar de la violencia anarquista. El descalabro de 1898, ¿no habrá comenzado meses antes con el asesinato de Cánovas? Con todo, y a despecho de este triste cuadro, ¡la generación del 98 se levanta y la edad de plata llega a su plenitud!

Por último, los EE.UU. Se ha acreditado a la guerra –“la pequeña guerra espléndida” (en la frase de John Hay)– el impulsar un nuevo sentido de unión y de propósito hacia “la centuria americana”. Pero, ya en vísperas de 1898, los EE.UU. eran la primera potencia mundial, según criterios objetivos de población, producción y adelantos técnicos. La ironía consiste en que no lo sabían antes... y no querían funcionar como tal después. En París, los delegados de McKinley arrebataron a España su imperio. Después de la paz de Versailles, el senado norteamericano se lavó las manos de sus obligaciones globales. Las consecuencias fueron más funestas que irónicas y las sentimos hasta nuestros días.